

Globalización, Cultura y Modernidad

Uno de los elementos centrales que definen la etapa que vivimos es la tensión entre comunidades y naciones que buscan reafirmar su especificidad cultural y la tendencia a la globalización o la planetarización de procesos que afecta a la Humanidad en su conjunto.

La Humanidad ya no es un mosaico de culturas, de países aislados los unos de los otros, sino una comunidad con un futuro común. Esta unidad de destino no excluye conflictos y desigualdades, pero se desenvuelve en una interacción creciente. Tal vez el pasado pudo respetar las fronteras, pero el futuro tiene que ser pensado en la interdependencia y la complejidad.

Cuando se habla de interdependencia, de globalización, no se trata solamente de la revolución que se ha producido en el campo de la comunicación y que ha convertido al mundo, en la fórmula de Marshall MacLuhan, en una gran aldea planetaria, sino también de procesos que exigen soluciones globales, a escala mundial.

Estos procesos son, fundamentalmente: la degradación acelerada y posiblemente irreversible del medio ambiente; el peligro de una hecatombe nuclear; la desigualdad creciente en los procesos de desarrollo económico, y las consecuencias étnicas y culturales del progreso acelerado de la ciencia y la tecnología en el mundo contemporáneo.

En lo que se refiere a la degradación del medio ambiente, este fenómeno no sólo se ha convertido en un problema entre naciones vecinas, como es el caso de la contaminación de los ríos o lagunas fronterizas, o incluso de la contaminación de la atmósfera que ha trascendido, como en el caso de Chernobil, las fronteras de la Unión Soviética, sino que constituye una amenaza para la Humanidad en su conjunto, como serían los cambios de clima, producidos por la deforestación de la Cuenca del Amazonas, y, más grave aún, la destrucción de la capa de ozono, que podría tener efectos irreversibles sobre el calentamiento del planeta. Es evidente que estos procesos exigen una acción normativa y práctica a nivel mundial.

Por otra parte, nunca como ahora los problemas de la paz tuvieron una importancia tan crucial, porque es el futuro de la Humanidad el que está en juego frente a la amenaza de una guerra nuclear. Al mismo tiempo, nunca antes la construcción de un clima de paz rebasó tanto la lógica estrictamente geopolítica y se ligó como ahora a procesos mundiales de carácter

cultural y económico. Dicho de otra manera, sólo un enfoque estrecho puede considerar que la paz y la eliminación de una confrontación nuclear pueden lograrse ahora a nivel de superpotencias o de un acuerdo exclusivamente entre los países del Norte. Las tensiones entre Sur y Norte pueden tener también repercusiones importantes para un futuro de paz o de guerra. Estas tensiones tienen obviamente elementos geopolíticos, pero sobre todo tienen una base económica y cultural.

Después de la Segunda Guerra Mundial, hemos vivido un periodo de paz en el Norte, entre las grandes y medianas potencias, y guerras a escala regional en el Sur. Sin embargo, hay nuevos factores que hacen prever la posibilidad de desplazamiento o la extensión de los conflictos desde el Sur hacia el Norte. En primer lugar, el monopolio nuclear se ha roto. Aunque con un carácter limitado, países del Sur han accedido o están por acceder al armamento nuclear, pero vivimos además una época en que aparecen cada vez con mayor claridad las dimensiones económicas y culturales que influyen y crean un clima de paz o de conflicto a nivel internacional o al interior de las naciones.

La exclusión y la frustración de la mayoría de la población del planeta en sus aspiraciones de participar en los beneficios del desarrollo, han tenido como consecuencia movimientos de afirmación cultural en regiones del Tercer Mundo, muchas veces acompañados de la violencia y de formas de fanatismo religioso, étnico o nacional que han roto los equilibrios precarios de paz.

Puede pensarse en el caso de la Revolución iraní, y en el avance del fundamentalismo islámico, que actualmente no sólo es un problema en el Medio Oriente y en otras regiones del Tercer Mundo donde el Islam es predominante o tiene una presencia importante, sino que, como se puede ver en los acontecimientos recientes, es un problema que una potencia del Norte como la Unión Soviética tiene en su propio seno. Otro ejemplo dramático es la guerra de Irak.

Al mismo tiempo, esta marginación ha producido fuertes corrientes migratorias del Sur hacia los países desarrollados del Norte, que al no integrarse a esas poblaciones han sido fuentes de tensiones culturales y raciales. De esta manera, las contradicciones entre el Norte y el Sur comienzan a vivirse ahora en el seno mismo de las sociedades de los países más ricos.

Parece evidente por lo tanto que la desigualdad creciente en los procesos de desarrollo no constituye sólo un problema de los países más desfavorecidos, sino que su solución condiciona la posibilidad de una comunidad internacional que pueda fincarse en la paz y en un crecimiento de la economía mundial sobre bases sólidas.

En este contexto internacional, ¿cómo enfrentar el provenir desde países en desarrollo, que han encontrado obstáculos al crecimiento, particularmente desde la última década?

La frustración de la voluntad de desarrollo en la mayoría de la población mundial frente a la agudización del reparto desigual de la riqueza, de la técnica y del conocimiento, se ha traducido frecuentemente en un pesimismo fatalista o en el refugio en particularismos culturales. Aquí y allá, los países del Tercer Mundo defienden su autonomía en el plano ideológico o cultural sin lograr proveerse de una base de sustentación económica propia.

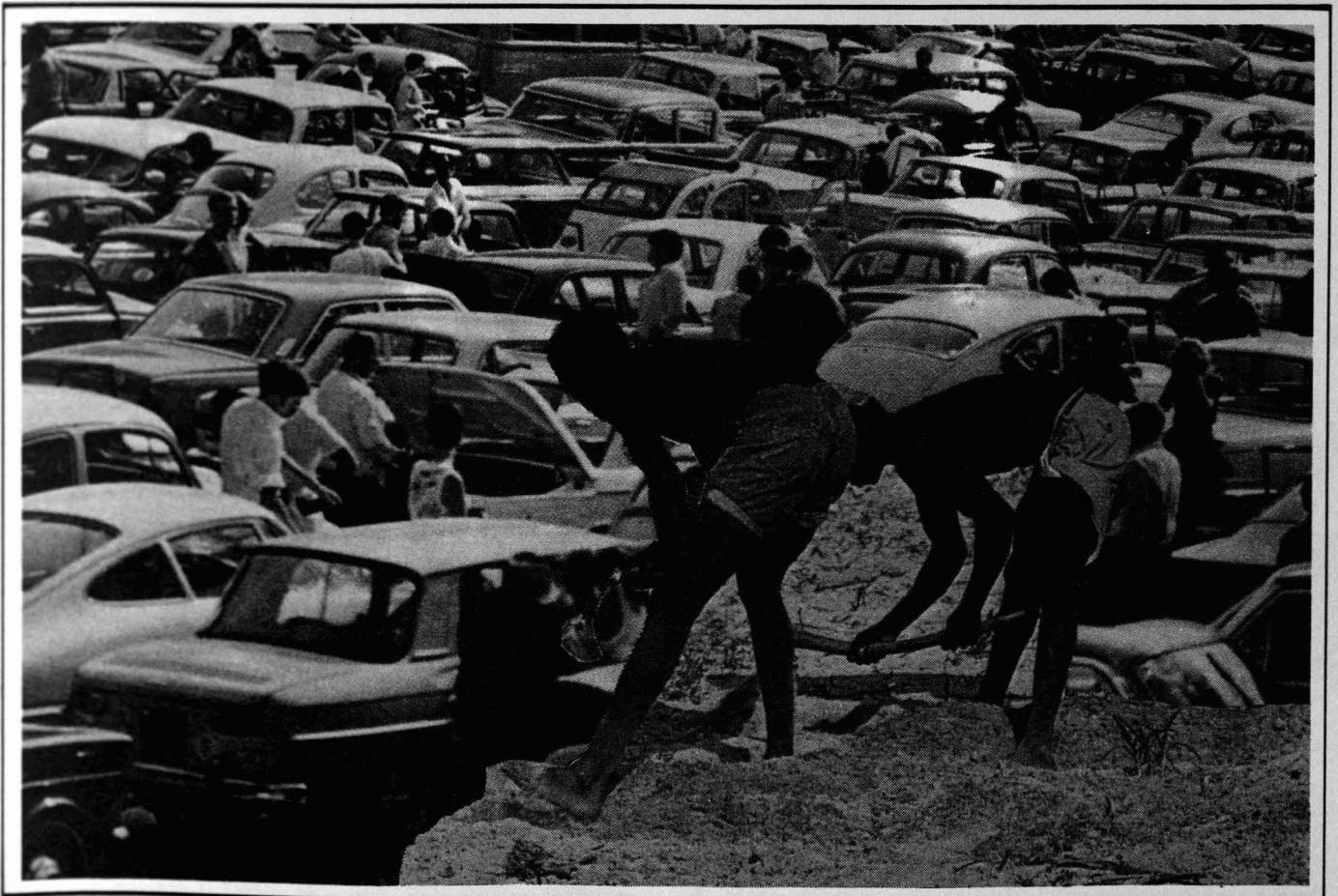
Por otra parte, sabemos que el desarrollo no es una evolución continua, el pasaje progresivo de lo particular a lo universal, sino una transformación estructural que compromete el conjunto de las relaciones sociales y, sin embargo, la pauta de esa transformación no ha seguido un modelo clásico de modernización. Si otrora éste se extendió rápidamente bajo el impulso de la industrialización y estuvo marcado por relaciones de explotación de la fuerza de trabajo, actualmente el desarrollo se presenta segmentado y genera exclusión social. Es el tema conocido del dualismo estructural.

La hipótesis optimista de una incorporación masiva y rápida de las poblaciones marginadas en el proceso de desarrollo, que

se expresó también en el monumental esfuerzo educativo de décadas pasadas, no se cumplió en su totalidad. Como consecuencia los agentes sociales se definen según esta nueva situación, que combina de un modo complejo modernización y exclusión: ni completamente afuera, y por lo tanto sujetos de una contestación cultural frente al desarrollo, ni enteramente adentro, y por lo tanto conformistas.

Tal es el caso por ejemplo de los jóvenes de las grandes ciudades del Primer y sobre todo del Tercer Mundo. Los jóvenes son los excluidos pero lo son porque fueron también los grandes invitados al banquete del desarrollo. En ellos, pues, se concentran sus contradicciones, a la vez adentro y afuera: los jóvenes rompieron con antiguos modelos culturales heredados de sus padres, pero sus nuevas calificaciones educativas permanecen en gran medida ociosas. Los jóvenes son, entonces, por excelencia, los portadores –más que ninguna otra categoría social– de una modernización segmentada y dualista.

Sin embargo, a pesar de que los fenómenos de marginación y de dependencia económica y de alienación cultural no han dejado de existir, e incluso de profundizarse, la Humanidad en su conjunto tiene actualmente los medios científicos y técnicos para que cada vez más países puedan incorporarse a un desarrollo fuertemente sustentado a la vez en bases internas y en una sólida incorporación a una división internacional del trabajo más equitativa y racional. Ahora el desarrollo no puede entenderse ni contra ni al margen de la construcción de una verdadera comunidad mundial. Sin embargo, esta comunidad no puede existir en medio de un reparto tan desi-



gual de la riqueza, la técnica y el conocimiento.

De esta manera, en lugar de oponer un desarrollo exógeno a un desarrollo endógeno, es preferible recordar que todos los procesos históricos de desarrollo exitosos combinan factores externos e internos, factores económicos y factores socioculturales. Hay que recuperar pues un enfoque y una estrategia de desarrollo que tomen en cuenta tanto la necesidad de integración nacional como la realidad de la interdependencia mundial. Es en esos planos que tendremos que librar las batallas para superar los obstáculos al desarrollo que actualmente enfrentamos.

La universalidad de ciencias y técnicas, así como la importancia determinante de la dimensión cultural, aparecen como elementos definitorios de la problemática del mundo contemporáneo. Si el progreso científico y tecnológico se ha expandido con una mayor velocidad de lo que cualquiera hubiera imaginado, en cambio las ideas, las actitudes, las culturas han evolucionado quizá demasiado lentamente. De esta manera, nuestro futuro está siendo moldeado en gran medida por la expansión científica y tecnológica. Es el progreso científico y tecnológico el que ha roto primero las fronteras y llegado hasta las regiones más remotas. Este avance en muchos casos se ha traducido en un mejoramiento sustancial de las condiciones de vida, en términos de salud, educación e información, pero al mismo tiempo frecuentemente ha amenazado gravemente los equilibrios humanos y naturales. En síntesis, siendo un proceso fundamentalmente positivo porque abre enormes posibilidades para que la Humanidad supere situaciones de pobreza y de vulnerabilidad, plantea al mismo tiempo problemas que exigen nuevas respuestas.

Nada nos autoriza, por lo tanto, a olvidar los efectos perversos de este progreso: los daños que se acumulan sobre el medio ambiente, que no están limitados a las regiones desarrolladas, sino que asolan particularmente al Tercer Mundo, cuya conciencia ecológica sigue siendo débil, o bien las amenazas de guerra nuclear o química que también se extienden fuera de los países centrales.

Quizá debamos reconocer como punto de partida este hecho. El progreso científico y técnico carece de un límite cultural. Sólo reconoce como limitación aquella que impone la racionalidad científica y económica y el llamado buen sentido político. Incluso los límites étnicos son crecientemente puestos en duda, como ocurre en el campo de la biogenética. La cultura es en efecto impotente frente a la vorágine del progreso científico y técnico y es solamente en el plano, ya no de las tradiciones culturales, sino de las ideas y de la ética, que se obtendrá una respuesta a estos problemas.

Por otra parte, con frecuencia la modernidad que acompaña a este progreso favorece el exceso de individualismo y racionalismo, es decir, el deterioro creciente de un *ethos* cultural que sea capaz de asegurar la unidad y el destino de la vida colectiva. No podríamos dejar de ver, sin cierta inquietud, la destrucción acelerada de la sociabilidad en las sociedades avanzadas; la desnacionalización de las grandes ciudades y el auge del racismo en sociedades que se han vuelto multiculturales; la indiferencia frente a la vida pública, convertida en un espacio puramente formal, de administración y gestión; la

ausencia de participación social y el refugio creciente en la vida privada. ¿Hasta dónde los mecanismos formales de integración son suficientes para asegurar la cohesión y solidaridad, vale decir una comunidad de origen y de destino? ¿No es necesario acaso volver a plantear el tema de la cultura en el seno mismo de las sociedades modernas, que se piensan a sí mismas cada vez más como puro sistema, es decir, como un conjunto crecientemente diferenciado y autorregulado, que no requiere por lo tanto de ninguna intervención y límite externo?

Desarrollo económico, progreso científico y técnico son aspectos centrales de la modernización, que a su vez tiene repercusiones culturales importantes. En este sentido, debemos señalar que los riesgos de una modernización exógena no se agotan en los temas de la exclusión social y del autoritarismo político. Temas como el de la alienación o transnacionalización de las culturas continúan vigentes, sobre todo cuando la modernidad es importada y penetra directamente, sin mediación alguna ni asimilación cultural. Por esta razón, la modernización está en el centro de un debate entre universalismo y particularismo, así como la necesidad de proceder a una síntesis.

Es cierto también que las teorías de la aculturación pecan por exceso. Las culturas son a la vez resistentes y dinámicas, incorporan o rechazan constantemente elementos, innovan permaneciendo paradójicamente fieles a sí mismas. Las culturas no son ideas ni modelos, tampoco se confunden con una tradición fija inamovible. Si los usos y costumbres pueden cambiar con facilidad, las categorías y las representaciones colectivas lo hacen más difícilmente.

Las grandes corrientes de secularización y racionalización que dieron origen al mundo moderno, no se extienden con la rapidez que algún pronóstico apresurado pudo anticipar. Hoy sabemos también que la modernización no exige necesariamente tales requisitos, es decir, la presencia de un racionalismo a ultranza, la mentalidad iluminista del siglo XVIII, el utilitarismo del siglo XIX. Éstos no son los caminos forzados que todos debemos emprender. ¿No es posible entonces pensar en diversas síntesis entre cultura y modernidad? ¿Acaso ello no está contenido en tantas experiencias de desarrollo, antes incluso de que se hayan llevado al plano de las ideas?

Ese esfuerzo de síntesis se presenta como uno de los grandes temas del futuro. Esfuerzo no sólo de elaboración, sino también de reconocimiento, de análisis de una Historia que se produce actualmente. Esfuerzo que no olvida tampoco su urgencia, pues la amenaza ya de anomia cultural, ya de resistencia al desarrollo, permanece siempre como posibilidad. Tenemos que enfrentar los desafíos que plantean las grandes transformaciones culturales, económicas y políticas que estamos viviendo en esta última etapa del siglo XX.

Es de estos desafíos que tratan los textos que se presentan a continuación, tanto en el ámbito de los procesos económicos y culturales globales, como en el de las ciencias sociales que se ocupan de estudiarlos y de proponer soluciones viables a las problemáticas enumeradas. El texto de Antonio Gutiérrez Pérez, *La globalización económica: alcances y límites*, pretende plantear algunas ideas críticas en torno al proceso de globali-

zación de las economías nacionales, que no es lineal ni neutro, y que por tanto no garantiza automáticamente una mejor distribución de los recursos, ni asegura por sí mismo el crecimiento de los países subdesarrollados. En este marco, repensar el concepto de Estado-nación es, según lo afirma Antonio Gutiérrez, una tarea urgente para el pensamiento económico: "economía global, bloques regionales y soberanías nacionales constituyen los términos de una de las ecuaciones más difíciles de resolver en las próximas décadas".

Néstor García Canclini plantea en *Políticas culturales y relaciones centro-periferia en los 90* que la transnacionalización de



los mercados de bienes simbólicos, las migraciones masivas y las nuevas formas de integración supranacional han vuelto obsoletas las políticas destinadas exclusivamente a la preservación y el desarrollo de culturas nacionales supuestamente autónomas. A partir de esta tesis, se propone explorar cómo podrían concebirse políticas eficaces para intervenir en las nuevas condiciones de asimetría e interacción desigual que organizan las relaciones centro-periferia en este fin de siglo. Los desarrollos desterritorializados de la cultura –sugiere García Canclini– ponen en cuestión el paradigma binario y polar con que se pensaban las relaciones entre centro y periferia. Sin embargo, no clausuran la asimetría ni las desigualdades, ni disuelven las preguntas por la identidad y la soberanía nacional. Más bien las recolocan en un escenario multifocal, lleno de cruces, y atravesado por estrategias multideterminadas.

Alí Kazancigil trata en *Las ciencias sociales en una perspectiva mundial* de llamar a la reflexión sobre una necesidad insoslayable de dichas ciencias: tomar en cuenta, para la organización de la enseñanza y la investigación en ciencias sociales, la importancia crucial de la relación entre lo mundial y lo local para la comprensión de nuestro tiempo. Frente a esta nueva realidad, apunta Kazancigil, la enseñanza y la investigación en ciencias sociales se han quedado con demasiada frecuencia inmóviles y desprovistas de imaginación.

Siempre en el marco del debate sobre los desafíos para las ciencias sociales en el futuro, el texto de Pablo González Casanova, *Los desafíos de las ciencias sociales hoy*, parte de la existencia de una nueva división del trabajo intelectual, que es una especie de matriz de problemas y disciplinas con varias incidencias permanentes que dan como resultado nuevas ciencias: ciencias de la producción, ciencias del medio ambiente, ciencias culturales, ciencias de la organización complejas, ciencias de las turbulencias. Desentrañar las nuevas divisiones del trabajo intelectual –apunta González Casanova– es básico para la educación para la investigación y la difusión de una nueva cultura. Debe reconocerse, agrega, que hay nuevos paradigmas del conocimiento social y cultural, al tiempo que hay nuevos paradigmas de sociedad y Estado, unos dominantes, otros emergentes.

Finalmente, el texto de Manuel Antonio Garretón, *La evolución de las ciencias sociales en Chile y su internacionalización*, aborda a través de un estudio de caso concreto, el chileno, la problemática planteada por la internacionalización de las ciencias sociales. Dos líneas básicas guían el texto, siguiendo la periodización en dos etapas distintas para el desarrollo de las ciencias sociales en Chile. En una primera etapa, la internacionalización se erige en alternativa al cerrarse las condiciones internas para el progreso de las ciencias sociales, bajo la dictadura pinochetista. En una etapa posterior, de democratización, surge la necesidad de redefinir, reorientar y asegurar el desarrollo institucional de las ciencias sociales, siempre en el marco de los procesos de internacionalización.

Así, los cuatro textos que pueden encontrarse a continuación contribuyen, cada uno desde temáticas y enfoques particulares, a la pluralidad del debate sobre los grandes desafíos de la comunidad internacional y de las ciencias sociales para los próximos años. ◇